



Las recientes elecciones en Suecia y Europa

Anders Mellbourn

ARI Nº 58-2002 - 24.9.2002

Los suecos están poco dispuestos a ser europeos, o al menos a ser miembros de la UE y lo seguirán siendo. Su ingreso en la Unión fue tardío (el 1 de enero de 1995), y sin convicción ni devoción alguna por la causa europea. En efecto, la decisión de incorporarse a la Unión Europea respondió básicamente a una medida de orden pragmático. Se concebía como algo necesario para un pequeño país en el que el éxito de la economía se había basado tradicionalmente en el comercio exterior. El ingreso fue finalmente posible gracias a la conclusión de la Guerra Fría, acontecimiento que permitió una reinterpretación de la praxis, cuando no del principio, de no-alineamiento en política exterior. Al haberse mantenido al margen de la guerra durante 200 años, para los suecos es difícil entender y considerar la importancia de la integración europea como un proyecto en favor de la paz y del entendimiento mutuo. Las sutilezas de las estructuras de la UE y los temas evocados en la actual Convención sobre el futuro de Europa no han logrado atraer ni a los votantes ni a la mayor parte de los políticos.

De cualquier modo, esta falta de interés en la comprensión de los asuntos europeos sólo explica de manera indirecta la ausencia de los asuntos internacionales y europeos en la reciente campaña electoral. Desde un punto de vista histórico, los asuntos relacionados con la política exterior se consideran tan importantes y serios que deberían permanecer por encima de la pugna entre partidos. Se suele admitir como norma que las decisiones relativas a las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa deberían tomarse mediante un consenso lo más amplio posible. De hecho, el invierno pasado, antes de las elecciones nacionales, se llegó a un acuerdo sobre la nueva fórmula para la política de seguridad de no-alineamiento en Suecia.

Además, respecto a las nuevas cuestiones relacionadas con la integración europea, los votantes están o bien completamente de acuerdo o totalmente en desacuerdo con las líneas de partido. Todo el mundo, independientemente del grado de apoyo que muestre cada uno por la Unión, está completamente a favor de la ampliación de la UE a los países de Europa Central y del Este. En lo que al euro se refiere, la mayoría de los partidos presentes en el parlamento, y en especial los Socialdemócratas en el poder, con gran diferencia la principal fuerza política de Suecia, se escinden a la mitad.

Sólo una pequeña mayoría de votantes socialdemócratas votaron sí al ingreso en la UE en el referéndum sobre la adhesión de Suecia celebrado en el otoño de 1994. En cuanto al euro, los escépticos han predominado durante mucho tiempo en el partido. En este ámbito existe también una minoría significativa de votantes conservadores que tienen sus dudas sobre los argumentos económicos a favor del euro y que piensan que Europa no es un área monetaria natural. Con esta profunda división en la mayor parte de los partidos, la adhesión de Suecia a la Unión Económica y Monetaria se ha aplazado hasta el referéndum que habrá de celebrarse en algún momento del año que viene.

Tal y como he mencionado con anterioridad, la campaña electoral sueca de 2002 ha omitido los asuntos internacionales. Desde el principio, la campaña fue bastante superficial en casi todo. Los Socialdemócratas en el poder llevaron a cabo una campaña centrada en la competencia, basándose en los logros conseguidos durante los últimos cuatro años. Los Socialdemócratas y su Primer Ministro, Göran Persson, podían mostrar que eran administradores tenaces y competentes. Ellos habían asumido el mando de Suecia tras la recesión económica de principios de los años noventa, aplicando entonces un programa de medidas de marcada austeridad, por lo que estaban en posición de recoger una cosecha de empleo creciente y presupuestos equilibrados. Además, le habían demostrado a Europa que este tardío y algo reticente miembro de la promoción de 1995 había logrado ser un buen presidente del Consejo Europeo del primer semestre de 2001. Es más, el Primer Ministro había adoptado una firme postura de solidaridad con EEUU tras el 11 de septiembre del pasado año, lo que le hizo ganar una popularidad considerable.

La competencia internacional, si no los asuntos internacionales, era, por lo tanto, un factor dentro de la campaña que favorecía claramente al titular. Los conservadores moderados de la oposición habían alcanzado su punto culminante como partido dirigente no socialista de 1991 a 1994, época en que el Primer Ministro Carl Bildt estaba al frente del gobierno con una coalición de cuatro partidos. Ya que contaban con un nuevo líder sin carisma en esta campaña, recurrieron al clásico recurso de bajar los impuestos. Esto era algo imposible con un electorado que se reconoce como el que paga las tasas más elevadas del mundo pero que también había vivido una mejora significativa en sus economías personales como resultado de la recuperación nacional en conjunto. También pidieron una mayor liberalización del sector público, pero muchos votantes se sentían más preocupados por la calidad de las escuelas y de los servicios sociales que por la posibilidad de obtener un surtido aún más amplio dentro de un sector de bienestar que ya se había abierto considerablemente a nuevas alternativas a lo largo de los últimos años.

Como consecuencia, la campaña tuvo un mal comienzo, con los socialdemócratas optando por una estrategia "cruzada". Sin embargo, sin que se desarrollara ningún drama o confrontación, su posición en las encuestas –que ya en mayo habían pronosticado una victoria arrolladora– empezó a decaer. Y en el vacío que había dejado una campaña mediocre, para sorpresa de muchos, el Partido Liberal tomó la iniciativa y se las arregló para situar sus temas –integración y escuelas– en lo más alto de la agenda política. Este partido no socialista había ostentado el poder en Suecia en los años cincuenta, pero había ido perdiendo votos gradualmente desde entonces. A finales de los noventa, la situación de los liberales seguía siendo mala y obtuvieron menos del 5% de los votos durante las

elecciones de 1998. En cierto modo, parecía que el partido estaba abocado a la extinción. Todo esto hizo que su éxito en estas elecciones fuera aún más extraordinario. Finalmente, consiguieron más del 13% de los votos, situándose a dos puntos de los moderados, que cayeron desde lo que se había considerado una posición estable, alrededor del 20% de los votos nacionales.

El Partido Liberal detenta el mayor récord de derechos humanos y civiles de entre todos los partidos suecos, y aboga de manera decidida por una política de inmigración tolerante y por una ayuda exterior mayor. Durante los últimos años, incluso ha superado a los moderados en su entusiasmo por una mayor integración de la UE e incluso por la adhesión de Suecia a la OTAN. Al situar los problemas de integración social en la cúspide de su agenda electoral dos meses antes de las elecciones, su perfil dio un giro ligeramente distinto al resaltar una exigencia lingüística para la ciudadanía sueca y la introducción de la inmigración laboral sin derecho permanente de residencia. Al enfatizar ambos derechos y obligaciones de los individuos –sean éstos inmigrantes o niños en edad escolar– obviamente captaron parte de un electorado populista que, de otro modo, habría sido atraído por la extrema derecha.

Inevitablemente, este cambio de estrategia acarreó críticas considerables. No obstante, cabe señalar que la introducción de esta “plataforma de demandas” por un partido tradicionalmente liberal y tolerante favoreciendo una mayor inmigración, apartó la cuestión de la integración de las fuerzas xenófobas, a las que, de otro modo, les podría haber ido muy bien. De hecho, los votos de la extrema derecha aumentaron considerablemente en términos relativos, pero se quedaron en un escueto 1%, francamente por debajo del umbral del 4% necesario para la representación en el parlamento nacional. Durante las dos últimas semanas de la campaña electoral en Suecia, parecía que los resultados estarían tan reñidos como los de las elecciones alemanas, que se desarrollaban simultáneamente. Sin embargo, los socialdemócratas se organizaron a lo largo de los últimos días de campaña, movilizaron a sus principales votantes y a los inmigrantes de los distritos urbanos menos privilegiados hasta alcanzar finalmente una importante victoria justo por debajo del 40% de los votos – lejos del 45% que pareciera probable en mayo pero muy por encima del 35% que suponía una auténtica amenaza a tan sólo una semana del día de las elecciones–.

Según todas las probabilidades, los socialdemócratas formarán ahora un nuevo gobierno minoritario que contará con un apoyo indirecto más o menos organizado de la Izquierda (antiguo Partido Comunista). Al igual que sucediera durante el período anterior, también necesitan algún tipo de apoyo de los Verdes, que están intentando maximizar su influencia en la algo indecorosa competición que tendrá lugar durante las semanas formativas previas a la apertura del parlamento en octubre de 2002.

Sea como fuere, no habrá una coalición mayoritaria de izquierdas, debido esencialmente a la política exterior y europea. Tanto el Partido de Izquierda como los Verdes siguen oponiéndose al ingreso de Suecia en la UE y a la adhesión al euro, y también ponen en tela de juicio la nueva política de seguridad de la OTAN de cooperación estrecha, pero no su ingreso en esta última. Según el Primer Ministro, esta oposición los excluye automáticamente de cualquier puesto de gabinete. En el lado no socialista, los votos de los Liberales constituyen gran parte de las pérdidas sufridas por los Conservadores. En general, el resultado de las elecciones supone para la política sueca un giro hacia el centro, con los Socialdemócratas ganando terreno a la izquierda en el lado socialista y con los Liberales aunando los votos conservadores en el campo no socialista.

Las consecuencias de todo esto para Europa están bastante claras: el apoyo sueco a la ampliación seguirá siendo decidido. La política sueca de inmigración no será más restrictiva, y el espectro de un flujo de entrada de trabajadores no cualificados no diluirá el entusiasmo general por la ampliación que existe más allá de las líneas de partido, al igual que ocurre con muchos otros Estados Miembros de la UE. Además, el país se seguirá acercando a la OTAN, a pesar de que el ingreso no se prevea hasta las próximas elecciones generales, dentro de cuatro años. En cuanto al euro, la probabilidad de que se produzca un voto afirmativo en el referéndum del otoño próximo no ha dejado de crecer. La adopción del euro se convertirá en un objetivo principal del nuevo gobierno socialdemócrata durante los próximos cuatro años. Paradójicamente, incluso si aquellos que están a favor de Europa y del euro dentro de los partidos liberal y moderado ahora forman parte de la oposición, ello no debería sino suponer una ayuda a la causa europea. El voto positivo de los liberales y de los conservadores en un referéndum no requiere que se lleve a cabo previamente ninguna movilización particular de los votantes.

En cambio, será más difícil obtener votos favorables de los euro-escépticos pertenecientes al Partido Socialdemócrata. Pero resulta mucho más fácil cuando su partido está en el poder y “su” Primer Ministro les pide ayuda. Esto habría sido mucho más difícil de expresar si el partido Socialdemócrata formara parte de las filas de la oposición.

Anders Mellbourn

Instituto Sueco de Asuntos Internacionales

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.